



Miserias y emociones en tiempos de guerra en *The Fox* (Adrian Goiginger, Austria, 2022)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Austria, 2022. Título original. Der Fuchs. Coproducción Austria-Alemania. Productoras: 2010 Entertainment, Geißendörfer, Pictures, Giganten Film Produktions y Lotus Film. Dirección: Adrian Goiginger. Guion: Adrian Goiginger. Música: Arash Safaian. Fotografía: Yoshi Heimrath y Paul Sprinz. Reparto: Simon Morzé, Adrianna Gradziel, Karl Markovics, Alexander Beyer, Pit Bukowski, Joseph Stoisits, Marko Kerezovic, Cornelius Obonya y Jannik Görger. Duración: 116 min. Premios cine alemán (Lola, 2023): 2º mejor película y mejor actor.

Con una incipiente y prometedora filmografía (cuenta con dos realizaciones no estrenadas en España, *The Best of All Worlds* (2017) y *Märzengrund* (2021)), el joven guionista y director austriaco, de 32 años, Goiginger, se inspira en un suceso familiar verídico para contarnos una sutil y poética historia de la relación de un joven soldado de la Wehrmacht y un zorrillo. Pero es algo más, no es la tradicional realización sobre el nazismo, es otra cosa muy diferente aunque la narración transcurre fundamentalmente durante la SGM.



El filme arranca unos años antes, en 1927. La numerosa familia del protagonista, Franz Streitberger (Simón Morzé), vive en el Tirol austriaco, en una precaria y mísera cabaña de madera. Franz es el más joven de sus hermanos. Viven prácticamente al día, en condiciones precarias y míseras, en las que sus únicas distracciones son sentarse al calor del fuego al caer la noche y escuchar cantar a su padre, Josef (Karl Markovics), un rudo y tierno campesino analfabeto. Su madre, Liesl

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.568-571>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

(Karola Niederhuber), es una mujer callada y resiliente que de forma abnegada se ocupa del hogar y que, por ejemplo, tras el reparto de las patatas de la cena para toda su familia, deja su plato vacío para que llegue para todos (aunque su marido sí le da una de las suyas).



Es un universo tosco, lleno de rigores e incertidumbres. Por eso, cuando un buen día Franz cae enfermo, sus padres toman una drástica decisión: una vez se recupere, cedérselo a un terrateniente para que trabaje en sus tierras. Allí tendrá un mejor futuro (que el padre sabe que nunca le podrá ofrecer) y hasta la posibilidad de ir a la escuela. Renuncian a él para que no acabe como ellos. Y este es el punto de inflexión, el motor que explica la forma de ser de Franz, su drama interior que sólo conoce el espectador, frente a los otros personajes que interactúan con él sin comprender esa orfandad que

marcará a fuego su carácter introspectivo.

En un salto temporal, el filme nos conducirá a una década más tarde, hasta 1937. Es el momento en el que Franz se hace adulto y ya se libera de su servidumbre. Aunque no se nos describen sus experiencias, sí se escucha en voz en off la lectura de una carta de su antiguo señor, afirmando que Franz ha sido cumplidor y que ya no está sujeto, pero también que no ha sido todo lo respetuoso que le hubiese gustado. Sutil, sencillo y claro, esa elipsis temporal está magníficamente encajada, porque no deja de advertirnos que, en el interior del joven aún bulle un intenso vacío personal, de amargor por el trauma infantil sufrido. Nada hay como la familia. Por eso, vaga sin rumbo ni expectativas. Hasta que un buen día, en una localidad donde se está procediendo a reclutar a jóvenes para servir en el Ejército se enrola. Necesita formar parte de algo, pero tampoco se sabrá integrar con sus compañeros, salvo con Anton Dillinger (Marko Kerezovic), otro joven que huye de la precariedad. Franz es tímido, reservado, muy parco a la hora de expresar emociones.

Convertido en guardia fronterizo, junto a Anton, y destinados a vigilar una zona rural entre Alemania



y Austria, halla su lugar, hasta que una noche alguien ilumina la oscuridad con una gran esvástica de fuego... que simboliza la unificación y, al poco, el inicio de la guerra. Tras esto, Franz será encuadrado en una unidad antiaérea de la Wehrmacht, haciendo de enlace con una motocicleta.



Después de haber vivido su primer bautismo de fuego en Polonia, aunque no se muestra, es destinado a la ofensiva sobre Francia. No obstante, a pesar de sus años de servicio, sigue sin encajar. De hecho, una tarde se

aleja de sus compañeros muy enfadado, tras discutir con varios (por querer guardar un trozo de queso en previsión a tiempos peores) y reprobarle que no sabe lo que es vivir en familia, donde se comparte todo... para Franz es hurgarle en la herida. Su familia le rechazó y eso sigue vivo en él. Pero en ese momento en el que se aleja por un bosque renano para desahogar su furia se encuentra con un zorrillo malherido. Cerca está su madre, muerta, atrapada por un cepo. Y ahí es cuando cobra sentido el título del filme. Franz se apiada de él, lo acoge y oculta.

El zorro se va a convertir en su *alter ego* porque, como él, es un ser desvalido y que está solo en el mundo, si lo soltase, sabe que tendría pocas posibilidades de sobrevivir. Claro que

ese cuidado le acarreará diferentes problemas. A los pocos días se produce el exitoso ataque alemán contra Francia. Franz, como enlace, seguirá los pasos de su amigo Anton que va por delante, alcanzándole a orillas del Canal, un lugar que ninguno ha visto. Esta travesía será un cúmulo de duras experiencias para Franz, viendo infinidad de muertos, soldados y civiles, aunque con el consuelo de que su relación con el zorrillo se irá estrechando.



Finalmente, tomada París, la unidad de Franz disfrutará de las mieles del triunfo. Algo que de nuevo no puede compartir Franz con sus compañeros por mucho que estén exultantes por haber vengado la afrenta de la Gran Guerra. Él prefiere salir a pasear con el animal. La suerte hará que conozca a Marie (Adriane Grzadziel), una joven francesa que vive sola en una pequeña granja cerca de donde está acuartelada la unidad.

Aunque al principio hay un malentendido (el zorrillo se encapricha de las gallinas), y no se entienden, acaban por aceptarse. Pero Franz no es capaz de mantener una relación íntima. Hasta que un buen día, ella toma la iniciativa de echar al correo una carta que Franz ha escrito a su padre. Su virulenta reacción, porque no quería que lo hiciera, reflejará sus sentimientos encontrados.



El acertado y emotivo final (mejor no desvelarlo aquí) confiere un carácter único a la trama. *The Fox*, no nos engañemos, no es tanto una película bélica, como un alegato sobre la familia y la miseria. Aunque Goiginger no explota todas las virtudes de la historia (encerrándola en exceso en la mirada del callado Franz), es efectiva, tierna, agridulce y conmovedora, y nos habla de seres corrientes atrapados en la vorágine e iniquidad de la existencia, donde siempre hay resquicio para la compasión y la humanidad.